

Fecha de entrega: 17 de mayo de 2010

Fecha de aprobación: 30 de junio de 2010

SUEÑOS Y CÁSCARAS DE LÉVINAS DESDE “TELEÓN” Y ALREDEDORES*

LÉVINAS’S DREAMS AND SHELLS - FROM “TELEÓN” AND SURROUNDINGS

Bruno Mazzoldi**

Resumen

Sin tantear recorridos lineales, la mayor parte de los siguientes renglones, entresacados de aquellos parajes por los que merodearían los lectores de Emmanuel Lévinas más propensos a las responsabilidades del sueño lúcido, modifican unas páginas de Teleón, obra no del todo en marcha entregada a las excursiones que la escritura de León de Greiff estimula a través de regiones y climas no siempre incluidos en los informes de la crítica literaria o en los plegables temáticos de los debates ideológicos. A distinción de los textos del lituano y demás autores mencionados, ningún dispositivo referencial acompaña las citas inherentes a las composiciones del antioqueño, no propiamente con la intención de dar a entender que su procedencia debería resultar descontada a las generaciones sumidas en todos los hechos y en los hechos del Todo que, a juicio de algún televidente muy dueño y señor de su cabeza, refutarían las exigencias éticas de Lévinas, si acaso con el propósito de sugerir la urgencia de subvertir los criterios de vigilancia universitaria acogiendo el asomo del otro, ningún duplicado, ningún paredros gnóstico, sino el otro expirante e inspirante, el poeta en persona, quien por ventura los devolvería al sarcófago vacío de la “momia fiambre” que nunca quiso llegar a ser.

Palabras clave

Cáscaras, pelures, pelusillas, pellejos, mondaduras, cortezas, kelippoth, acapanacuna, psoriasis subcutánea.

* Artículo de investigación para este número monográfico.

** Nacido en Milán, reside en Colombia desde 1960. Licenciado en Filosofía y Letras de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, ha enseñado en la Escuela Normal para Varones de Fonseca (Guajira), la Universidad del Cauca, el Colegio Junin de la Isla de Providencia, la Universidad de Nariño y la Universidad Nacional de Colombia sede Bogotá. Recientemente ha publicado *La entrevista de bolsillo. Jacques Derrida responde a Freddy Téllez y Bruno Mazzoldi*. (2005). Bogotá: Siglo del Hombre, Instituto Pensar, U. del Cauca.; *Pensamiento herido*. (2008). Bogotá: Instituto Pensar *El temblor; las sonrisas*. (2008). Bogotá: Tercer Mundo.

Abstract

Without trying out linear paths, most of the following lines, culled from those places through which the readers of Emmanuel Lévinas more prone to the responsibilities of lucid dreaming would wander, modify a few pages of the Teleon, work has not entirely given up excursions to the writing of León de Greiff stimulated by regions and climates which are not always included in the reports of literary criticism or the brochures of ideological debates. In contrast to texts by the Lithuanian as well as other authors mentioned, no accompanying reference citations device is attached to the compositions of the autor from Antioquia, not exactly with the intention of implying that their origin should be discounted to the generations mired in all the facts and the facts of it All that in the opinion of any very sound viewer would refute Lévinas's ethical requirements, if any, in order to suggest the urgency to subvert the university surveillance criteria accepting the hint of another, no duplicates, no paredros Gnostic, but the expiring and inspiring other, the poet himself, who by chance would return them to the empty sarcophagus of the "stiff mummy" he had never wanted to become.

Key words

Shells, pelures, fur, skins, peel, kelipboth, acapanacuna, psoriasis.

Enhiesto el cimillo del "cazador de imágenes" (Lévinas 1. 95, Trad. Pintor-Ramos. 133), el soporte hecho una odrina se jacta de ser forzado a forcejear, por ver irresponsablemente en lugar de quedarse con la ceguera del inquieto perseguido, "¿una modificación de la maternidad, del 'gemido de las entrañas', heridas en los que llevarán o llevaban —en ceux qu'elles porteront ou qu'elles portaient— ?" (Ib. Cfr. trad. 134)¹.

Por ambicionar ver ante todo, por el Mal del Todo.

*

Jueves Santo en Bogotá. Entramos en la iglesia de la 72, al lado del centro comercial Granahorrar. El tabernáculo es redondo, en equilibrio sobre los hombros de un maniquí cubierto de paramentos sacerdotales erguido detrás del altar propiamente dicho, a cuyos lados se afirman dos milites uniformados, en

carne y huesos. La enorme cabeza sostenida por dos manos rosadas igualmente enormes finge un mapamundi, de manera tal que en el centro de la extremidad místico-global queda la boca abierta del territorio de Colombia, su custodia encajada.

*

Hipercara de Béla Bálazs, aquí y ahora granulosamente repartida, migas de sic en ético *close-up* a la Dreyer, *Wunderblock* de citas con las generaciones que fueron, actores reseputos bajo el tablado fisonómico.

Por el simple hecho de resultar beneméritos los desvaríos de los oráculos.

En particular la locura de la profetisa de Delfos y de las sacerdotisas de Dodona, "que hicieron en favor de Grecia muchas y bellas obras, privadas y públicas, y menguadas o nulas en estado de cordura" (Platón 1. 244^b - Trad. García B. 53-54), es decir, cuarta especie de delirio contemplada en el *Fedro*

¹ Cada vez que no se mencionen otras, las traducciones son nuestras. En caso de mención, la señal *Cf*: puede indicar ocasiones de discrepancia.

que Lévinas menciona al reconfigurar el fin del pensamiento solitario:

Contra un pensamiento que procede de quien ‘es dueño de su cabeza –*à sa tête à lui-*’, afirma el valor del delirio que viene de Dios, ‘pensamiento alado’, sin que por eso el delirio tome aquí un sentido irracionalista. No es sino ‘ruptura, de esencia divina, con la costumbre y la regla’. La cuarta especie del delirio es la razón misma, elevándose a las ideas, pensamiento en sentido superior. El ser poseído por un dios –el entusiasmo– no es lo irracional, sino el fin del pensamiento solitario (y que más tarde llamaremos ‘económico’) o interior, comienzo de una verdadera experiencia, de lo *nuevo* y del número - ya Deseo (Lévinas 2. 20 - Cfr. trad. Guillot. 73).

En lugar de escoger direcciones menos somáticas, tales como “voluntad”, “decisión”, “determinación”, “designio”, o la de García Bacca, “bien cerca y presente a su voluntad” (Platón 1. 244^a - Trad. García B. 53), para llegar a la *boulh* y referirse al pensamiento de quien se queda en la prisión de sí primumosamente arreglada, el autor de *Totalidad e infinito* prefiere el atajo de “cabeza”: concreción susceptible de intensificar el contraste entre la experiencia ultrafigurativa del “deseo perfectamente desinteresado – bondad” (Lévinas 2. 21 – Cfr. trad. Guillot. 74) y la retención cefálica del urdidor de designios, balero o coca del hombre de poder, hostil a la dádiva discursiva, refractario a lo indecible e inimaginable, si por “imagen” se entiende una captación temática de lo percibido:

Esta relación por encima de las cosas ya posiblemente comunes, es decir susceptibles de ser dichas - es

la relación del discurso. La manera en que el Otro se presenta, traspasando –*dépassant-* la *idea del Otro en mí*, la llamamos, en efecto, rostro –*visage*. Esta *manera -façon-* no consiste en figurar como tema bajo mi mirada, en explayarse como un conjunto de calidades formando una imagen. El rostro de Alieno –*le visage d’Autrui-* destruye en cada momento, y desborda la imagen plástica que me deja, la idea a mi medida y a la medida de su *ideatum* – la idea adecuada. No se manifiesta mediante esas calidades, sino *kaq’auto*. El *se expresa* (*Ib.* - Cfr. trad. Guillot).

Si canjes y empinadas de estafermos y estamóviles corrompen ulteriormente el ya nada recto ascenso de la *dissolutio* que desdece la imagen de Alieno tergiversando el quiebre de hábitos y normas multitudinarias, trasoñando la exallagh oracular que unos asumen como “transformación” (Platón 1. 265^a - Trad. García B. 79), otros como “*rupture*” (el mismo término concierne a la extraña acción del vacío a expensas de la totalidad cuando “el pensamiento se encuentra *de cara -en face-* a un Otro, refractario a la categoría” – Lévinas 2. 10 - Cfr. trad. Guillot. 64), para resaltar la perversión de quien trocarse por audífonos los dos huequecillos minúsculos en las sienes de Stepansky convirtiendo los surtidores de materia gris en acometida de regolfo sonoro y transponiendo detrimentos prehistóricos en humor bestial al servicio de la burla de la frustración y de la mofa de la nostalgia, habría que dilatar la ambigüedad de la prima de goce implicada en exallassw (“cambio”, “trueco”, “permuta”, “divuerto”, “deleito”), desorbitar los bríos de exallomai (“brinco”, “salto afuera”, “me abalanzo –de la nave”, “me precipito– de lo alto de un muro”, “me enarbolo, me engrifo”), hasta alcanzar el ímpetu de un cambalachero de labia diluviana, el más pintado para reexhumar

todos los registros “en bávara guazábara y en grita medellinita” del “clan de los poetas o coplistas” reunidos en *El Sitio de la Tasajera* que, con el inamovible propósito de rendir homenaje al difuso arribo del cronista, no a “las dos, las tres, las cuatro o cinco o seis de la mañana” del 31 de febrero de 1888, cuando habría llegado o estado a punto de llegar, sino a la hora meridiana de ese mismo día, cuando el perdis irrumpió casi efectivamente en el mesón de Cipriano, “sito a la entrada –por el norte– de la Villa de la Candelaria de Aná del Aburrá o San Ciro del Aburrá”, Cipriano o Amito, el de las “dos totumillas de nácar –vacías– que parecían bacías de barbero si no yelmos o almetes”, recipientes quijoscosos por colmar “no de atenciones sino de límpido anisado burbujeante”, para que la espuma reemplace la sesera.

El arrojado trujamaneje de quien así procurase el encuentro del mito con la filosofía consistiría en hacer pasar la docilidad del contenido temático por el discurrir de lo indecible, goteo cronológico y agrimensura de crónica por insurgencia de juventud sin cálculo ni predio, sedes de adocenadas exquisiteces por sed de bondad, hueso por mar. Uno Mismo dicho y redicho por Alieno indecible. Y viceversa.

Reducir la briosa engrifada platónica a la figurería de quien *pierde la cara* ante sí mismo sería aprovecharse en exceso de la expresión familiar y negarse a entender que la parada de quien aparta las cobijas para rozar con la punta del pie una baldosa helada mientras echa atrás la faz del escorzo del sueño con la fuerza del flagrante que descarna las facciones, hace cara sea al orden familiar de la distancia y del tiempo, sea a la fanática fusión en y del Otro.

*

No ignora don León cómo la comprensión descontada, engendro sirenoide neciamente omnicompreensivo, titilante acoso y cabrilleo de la chiva expiatoria del Saber Absoluto, roza peligrosamente el constreñimiento circular impuesto a la masa, cuando la fuga unidireccional de la simple opinión ya no es posible y “en la hecatombe incipiente –*im Gemetzel, das nun beginnt*– cada animal es enemigo del otro” (Canetti 344 - trad. Rovini 329), mientras “todo el mundo manda a todo el mundo” (*ib.*, 360): en ese trance parentético, otoñales hojas de vida en bosque ya no citable, los desesperados pretenden agarrarse más que nunca y a la vez son incapaces de justificar el mínimo amago de presa, a un último peciolo del fin de todo mandamiento referencial y del regreso de la hojarasca de todos los mandones, traslazo de la dispersión en materia putrescible (el magma del que surge la cosa) y del derrame en enumerabilidad aséptica (el capital en que acaba), rodeados de figuras sin tener ninguna, sumidos en el ascetismo terrorífico, cuadrículada corteza en que se ha convertido el rostro de Alieno.

Entonces ni se pone ni no se pone en discusión lo propio tal como se revela al mercado de la masa “escandida o rítmica” (*ib.*, 344) donde nadie comparece en juicio llamando a testimonio según las exigencias de la *contestatio*, en y por el *cum* del *testis*, en y por el *con* de los testigos que disputan o “*contestent*” (para citar la forma verbal que el traductor remuda por “critican” –Lévinas 2. 136 - trad. Guillot. 180): se descarrila el convoy cristalino, revienta la entera versificación pandemónica.

Bajo la presión del “anillo” pánico (Canetti, 344) apenas cabe desaparecer contra y sin todos los posibles testigos e imposibles *zopecos* (“*s. m. pl.* Planos de macla de cada ZOPEC, Zona de Protesta Espectacularizada y Con-

sensual”, neologismo registrado por Juan Duchesne Winter en su *Diccionario práctico de la revolución concisa*: fuera de juicio por exceso de tiesto dóxico, cada cual se gasta al querer poseer a los demás, televiendo apenas el cerco de sombras consultoras y apoderadas perfectamente desechables, invertido pentáculo atestado de autocitas sofocantes.

Hay que estar pendientes, por ende, del último resquicio, de vez en vez contar con el boquete, el diente partido de la cremallera, la esquina todavía no doblada por el metacrítico del momento, para que se prolongue la estancia en el “aposento manicómico” o bajo la cúpula del estruendo terrorífico discotequero, para que se mantenga el sutil tabique supernumerario a modo de abertura membranosa:

Oh dueño de ese cero, de esa nada, tú, Beremundo rotundo, huero, orondo, romo y bruto? Y quién es el osado que le dice bruto –etcétera– a nuestro Director invitado, a nuestro maestro substituto? No serás tú, Bogislao, ni tú, Sergio. Ni serás tú, Apolodoro, ni tú, Claudio Monteflavo, ni tú, Gaspar. No seréis vosotros, que sois –con Beremundo– los seis lados del cubículo, las seis caras del dado malhadado.

Para dilatar –inflar y diferir– un poco más el cubilete del expendio, el de las “Nueve de la Fama” (que tampoco es una carnicería ni almacén de fiambres y embutidos como es de deducirse dada su de ellas deshumanización), además de la sexta cara, la séptima y las siguientes han de rodar *ad infinitum*, a trapo suelto, azotadas por las aspas de un ventilador ubicuo, de todos los soplos apuntador que “no puede detenerse ante ninguna encrucijada –von keinem Scheidewege– *il ne peut qu’ignorer la croisée des chemins*” (Canetti. 345 - Cfr. trad. Rovini. 330), no porque “hace lo que todos los otros soldados hacen *con él*” (*ib.*), sino porque cruce de caminos presume ser él en persona o en lo que de persona le

resta, instancia inherente a una maliciosa disección de la palabra *Scheideweg*: “camino”, *Weg*, y *Scheide*, “punto o límite divisorio”, pero también “vaina”, “funda” y “vagina”.

*

Si el cuerpo es la existencia del equívoco del *αυτοχθων*, “a la vez atributo de soberanía y de sumisión” (Lévinas 2. 138 - trad. Guillot. 181, para quien “*autochtone*” viene a ser “autónomo”), y si el “estar en lo de uno –*chez soi*– en otra cosa distinta de uno, ser uno mismo viviendo de una cosa distinta de uno mismo, vivir de... se concretiza en la existencia corporal” (*ib.*, 139 - 182), para el “espíritu en reposo” del autor de *Nocturno N° 3, en Fa Mayor (Adagietto cantabile)*, de 1927, quien “decapitó a cercén los pensamientos”, requisito indispensable a la máxima autoadherencia es prescindir no sólo del *quid pro quo* de la dependencia soberana en lo que a superfluidad universal se refiere, sino también en todo aquello que compromete la insoportable superfetación de los contenidos mentales.

“Indiferente / Hamlet; avieso Yago de mí mismo”, su doble semblante insinúa la coincidencia de la *αυτοκτονια*, “suicidio”, y de la condición del *αυτοχθων*, “quien ha nacido del mismo suelo”, subrayando el perfil del carnéfica de sí mismo contemplado en el capítulo de *Paradoxia Epidemica* dedicado a Shakespeare y a Donne (v. Rosalie Colie, 482-507), pero añadiéndole el sinsentido de la intersección de muerte y nacimiento, puño asesino y tierra materna.

Manos en paréntesis de abrigo tubular, columnas las piernas bien plantadas (¿no fue Dédalo el primero en esculpir estatuas de ojos abiertos y piernas separadas? ¿dónde arranca el Laberinto?), se obstina en no pasar de ser él mismo su casa, la única habitable, *chez soi* en plena calle, automorada desde la

cual anticiparse al apresamiento; con su negra aureola de ala ancha, la estantigua encarna el lugar privilegiado de Hécates, Elegguá y Exú; las cuatro esquinas le imponen proas de rompehielos deduciendo paralelas y prolongaciones de hombros, brazos y pies; vertedero de huracán petrificado, la escarpia de cuerpo y sombra expulsa y succiona el zigzaguo vertiginoso de la ciudad desierta — tal como Sergio Trujillo Magnemat le concibe en una linoleografía de 1937.

Erma o *ekateion*, túmulo hermético o simulacro de Trivia, *kolossos* griego o estatua de *serdab* en mastaba egipcia, *stupa* budista o icono bizantino, réplica hipotética y *pendant* fumoso de todos los muertos, de sus reliquias y sus erecciones, desde el atalaya de la “marrana”, como suele llamarse el eje de la noria a la que se declara atado, la de los días, la del insoportable amanecer intermitente, de tanto obstinarse en seguir hincado en el vientre de la misma jugada, el mismo truquito, la misma maroma, con una prosopopeya tan acrobática cuanto la del *tenore assai poco robusto* que diez años más tarde trueca a Puccini por Offenbach cantando “*L’ora é fuggita! Io muoio disperato!*” en un ascensor del Departamento de Aceleración de Trámites del Ministerio de Higiene y Salud de la isla de Cuba... se anuncia *miles gloriosus* requesepulto.

Lleva el carácter militaresco del historiógrafo como sobreviviente hasta desbordar los límites de la fanfarronería, ilustrando sea la plasticidad cubista del abnegado funcionario bélico:

la *angulosidad* —*das Eckige*— del soldado es casi un eco en su cuerpo de la tersura y de la dureza de los muros; acaba por ser una figura estereométrica. El soldado es un prisionero que se ha amoldado a

la conformación de la prisión, un prisionero que se alegra de serlo; tan poco se rebela a su condición hasta asumir la huella de los muros —*daß die Mauern ihn formen— que ces murs le modèlent* (Canetti. 346 - trad. Rovini, 331).

Sea las condiciones de esa plasticidad, constitutivas de la mirada ontológicamente interesada en resguardar inexistencias puntiformes y contables para el vacuo fuero interno del compendio babélico:

El ser aprisionado, al ignorar su prisión está en su casa - *chez soi*. Su poder de ilusión —si hubiese ilusión— constituye su separación. [...]

El tiempo de la historia universal permanece como el fondo ontológico en que las existencias particulares se pierden, se cuentan y en que se resumen, por lo menos, sus esencias. El nacimiento y la muerte como momentos puntuales y el intervalo que los separa, se alojan en este tiempo universal del historiador que es un sobreviviente. La interioridad como tal es una ‘nada’, ‘puro pensamiento’, nada más que pensamiento. En el tiempo del historiógrafo, la interioridad es el no-ser en que todo es posible, pues nada en él es imposible - el ‘todo es posible’ de la locura (Lévinas 2. 25. 26 - trad. Guillot, 78. 79).

Tafofílico a sus anchas en sus estrechas, la parodia del historiador televidente de las *Prosas de Gaspar* sigue clamando por “un País borroso, un brumoso, un encantado, un feérico país, del que yo fuese el único ciudadano: único ciudadano!”

De hecho Gaspar von der Nacht, entre otros, es el artífice del *opus reticulatum* de sus alegrías y de sus alergias:

Único ciudadano: porque, en verdad, lo que no me permite transigir con estos territorios, territorios de caza (oh Deidamia, oh Fonoé!) es el habitante, el ‘hermano’ habitante...

[...] A pesar de que –descontado el huésped– todavía sería inhabitable la ciudad, porque en la ciudad todo es monótono–, en la ciudad, todo equidistante y todo de un valor idéntico. Y el individuo –Gaspar, como paradigma– iría tomando la ambiente tonalidad, cuyo matiz dominador es un gris azulenco, una chatez inenarrable su relieve...

*

El orden de la finitud ofrecida a lo que no necesita arreglárselas para alcanzar (“de jiribilla” o “*par la bande*”, a espaldas del traductor que extravía la gracia mañosa de la mano trabajadora “lateralmente” –Lévinas 2. 134 - trad. Guillot, 177) la cosa cuyos contornos lo son por excelencia, los de la empuñadura, no los de una entre otras cosas sino de la cosa arreglada de una vez por todas para ser alcanzada más que cualquier otra, la que pide ser pedida, elevada y distinguida sobre las demás como complacido producto sirviente de la elaboración, de la propia y de las otras cosas a las que el encono se aplica gracias a su dócil mediación de cosa-esquirol, cosa-*Uncle-Tom*, cosa-Malinche, funcionalmente sometida al trabajo que “se ataca tan sólo al sin rostro de los dioses paganos de los que ya denuncia la nada” (*ib.* - Cfr. trad., 178), ya delata la desolación ajedrezada de los palmípedos de sangre y suelo, pues la membrana interdigital halaga el piso, adhiere

al llano, se encola al lleco de *Blut und Boden*, se obstina en quedarse con él. Preferiblemente amputándose.

Y sin embargo, tan entregada es la autoctonía, tan patente la aplicación telúrica, sobre todo cuando “todos los pingüinos hacen la zalema / con ártica flema / o antártica”, que por eso mismo el resbalar procesional de un Quetzalcóatl de mínima tijera se da por descontado, *moon walk* de raperos a la De Chirico sobre pista de hielo (sin abandonar la hornaza multitudinaria, hoy banda rodante de caminador mecánico *Athletic Runner* adecuadamente lubricado gracias al vaporizador de silicona *Athletic Way*, fabricado en Brasil por *Assel Indústria e Comércio Ltda*). Se corre flemáticamente, el fundamento.

La convergencia de la cosa apresada y de la uña del rapaz que la prende en el término “presa” sitúa la concomitancia de la desnudez y de las garras entre engranajes extraños a la laboriosidad manual, pues “sólo un ser dotado de órganos puede concebir una finalidad técnica, una relación entre el fin y el utensilio” (*ib.*, 142 –Donde Guillot decide rendir “*être*” por “cuerpo”– 185), siendo el fin “un término que la mano busca corriendo el riesgo de fracasar” (*ib.*), mientras la garantía del empate anula la distancia de la oportunidad y sella chance: la ausencia del tanteo trabajador, el concatenamiento continuo de los intermediarios endentados en la extinción del riesgo y de la aventura que es el corolario de una libertad pretendidamente hija de sí misma, reproduciendo la magnificencia obesa por querer prescindir del empacho orgánico.

Así, la ingenuidad marmórea, lejos de corresponder a la liberación efectiva, juntamente con el regusto autodestructivo en el vicio y en el odio, confirmaría “las funciones propagandísticas que pueden asumir las formas puras” (Kracauer, 303), cuando no el cuerpo

sino el ser infalible confabula con la indeterminación espacial de banderas, antorchas y nubes al viento en la apoteosis de una “vida que existe tan sólo en estado de transición” (*ib.*, 302), ejemplarmente envanece por *El Triunfo de la Voluntad*, la película de Leni Riefenstahl dedicada a la convención nazi-fascista de 1934.

Si el tanteo “revela esta posición del cuerpo que a la vez se integra en el ser y mora/demora –*demeure*– en sus intersticios, siempre invitado a franquear una distancia a la aventura, y sosteniéndose ahí por sí solo: la posición de un ser separado” (Lévinas 2. 142 - trad. Guillot, 185), la firmeza de la garra consigue la indolencia de una malévola variante del artaudiano cuerpo sin órganos, vertiginosamente automática: asumiendo la postura de un bornido falto de la localización en la que se produce positivamente el ser lejano (pues ser separado es morar/demorar, no sólo permanecer, a partir de sí darse por solitario y al regresar en sí sortija consigo misma perfectamente eslabonada de rey Giges apretando con una mano el anillo que baila al dedo de la otra por haber sido un gigante su primer propietario, toda vez que el espectador invisible no se resigna a perder el papayazo del mundo en escena) podría acontecerle reconstruir la cadena de la Historia Universal, por simple fisiparidad, si las demás telespirales no se le desmigajaran igual que los roscones con bocadillo en los bolsillos del saco poco ceremoniero, frecuentemente mal envueltos en las mismas hojas sobre las que apunta versos.

*

La morada y la demora de la costumbre empiezan por la sospecha del armamento vestimentario y de la vocación profesional, en y por el bulto somático a cuyo alrededor habría que repetir casi todo aquello que se deshilvana de la *demeure* (v. Lévinas 2. 125 - Trad.

Guillot, 149), sin renunciar a los principios de Bragología Panúrgica según los cuales cáscaras, silicuas, cálices, jerugas, gárbulas y afines, espinosas y no, serían bragas naturales o protobragas, por ser la primera propiamente dicha la de hojas de higo, “como nos lo atestigua el capitán y filósofo hebreo Moisés (...) para cubrir y armar cojones” y como lo garantiza a Pantagruel el mismo Panurgo, de un día para otro convertido en predicador de la desnudez supuestamente inerte y defensor de la paz adánica, desbragado, aburielado, por ende de alguna manera burocratizado.

*

Es no decir “no-significancia de lascivia”:

Así la desnudez erótica es como una significación *à rebours*, una significación que significa en falso, una claridad –*clarté*– convertida en ardor y noche, una expresión que deja de expresar, que expresa su renuncia a la expresión y a la palabra, que se hunde en el equívoco del silencio; palabra que no dice un sentido sino la exhibición (*Ib.*, 241 - trad. Guillot, 273).

El “cendal neblinoso” pierde de vista la descalcez sin sobrevenir a la perforación contable de Anthares, Canopus, Capella *e via dicendo*: ella misma, ellas mismas, la desnudez que expone y la expuesta, luna y lunares, abriganse amnésicamente poniendo en entredicho la anterioridad de lo memorable y exaltando la sincronía pánica de las réplicas.

Una fisiparidad tan incontrolable deriva de la zozobra que excita lo fecundo en su rendición a un porvenir irreductible al punteado de los posibles, *affolement* nunca referible a la fecundidad como promesa o referencia cualquiera, cada vez que las complacencias formales, arrastradas en aires de folía y farfo-

lla, hinchan el fuelle del doblez de lo idéntico desbordando la feminidad de la imagen, agotando la absorta infancia del anhelo y la aturdida arrechera del bruto, hasta el límite del despojo sin pizca de antecedente.

Prendado de su opuesto, Eros ya no transgrede lo previsible: se refrigera en la perfecta posibilidad de lo cadavéricamente dado, pues cuando “el rostro muerto deviene forma, máscara mortuoria, se muestra en lugar de dejar ver, pero así precisamente ya no aparece como rostro” (*Ib.*, 239 - trad., 272).

Pocas páginas después de haber configurado el “régimen de ternura” del “Amado que es Amada” evocando a las ninfas de *La siesta de un fauno*, fragilísimas aunque investidas de “ultramaterialidad exorbitante” (*ib.*, 233 - Trad., 266), no es inconcebible una necroestadística capaz de reducir la celajería de la carne a la facticidad más gris, particularmente en la coyuntura en que regresan a cuento el parloteo y las chanzas de las brujas de Shakespeare (v. *ib.*, 241 - Trad., 273): la absoluta falta de seriedad propia de la renuncia a la palabra que acompaña la lascivia empecinada devuelve al autor de *Totalidad e infinito* las tergiversaciones de las mismas *sorcières* ya mencionadas a propósito del embrujo de la risa brotada del “espectáculo del mundo silencioso de los hechos” (*ib.*, 64 - Trad., 114 - aquí y allá Guillot convierte a las “hechiceras” en “hechiceros” escamoteando el brote de cualquier sospecha de misoginia, donde “la simultaneidad o el equívoco de esta fragilidad y de este peso de no-significancia, más agobiante que el peso de lo real informe, la llamamos *feminidad*” -*ib.*, 234 - trad., 267).

A este punto –el de la catalepsia morfológica– proponer a una exitosa funcionaria televisiva como modelo de la alianza de la mistificación de la actualidad con la necrofilia estético-burocrática por contribuir poderosamente al proceso de desmusicalización global “ha-

ciendo karaoke de sí misma” (la expresión es del etnomusicólogo José Jorge de Carvalho) vendría a parar simultáneamente en tributo al Fabulador Paradislero y a sus hermanables semisiameses, todos ellos muy atentos cronistas de simplificaciones estilísticas y laponerías inexpressivas, incluyendo a Gaspar de La Noche en pleno trance de “loco ártico –*fou arctique*”, si no olvidamos la casilla abierta por Rabelais entre “loco etéreo y Junónico” y “loco heróico”, en contraposición con “loco sonriente y Venusino”, “loco de trasvase –*fou de soustraicte*” y “loco de vino de lágrima –*fou de mère goutte*”.

*

“Quídam Quibusque inmerso en catalepsia”, “desnudo y desanudado, como *uno* o como *alguno* –*dénué et dénué, comme un ou comme quelqu’un*–, como *uno* o como *alguno*, expulsado más acá del ser” (Lévinas I. 69 - donde “*dénué*” no es “despojado” ni la “*lassitude*” de la “paciencia de la senescencia” puede confundirse con “*laxité*” o “*laxitud*”, ni de fundas –*ib.* trad. Pintor-Ramos, 108– si acaso tan sólo por las fundas, “mondaduras”, “pellejos”, *pelures*, “cortezas”, *kelipboth*, mejor dicho cabalísticas “pantallas” de *aurea catena* si el traductor se atreviese a recargar de fantasierías paganas los ya míticos “*écrans*” a los que remite –y de eso se trata justamente, de la remisión progresiva de la Luz mediante la contracción antepremordial del *Tsimtsoum*– R. Haïm de Volozim, citado por Catherine Chalier a lo largo de uno de los pocos intentos de confrontación entre la Cábala y la escritura de su amado maestro: “Para permitir gracias a esta cosa maravillosa que la realidad de innumerables mundos y fuerzas se revele progresivamente en su encadenamiento, y para hacer brillar a través de ellos Su luz en una red delgada –*en un mince filet*–, muy fina y concentrada, a través de un número infinito de pantallas” (Chalier, 454), toda vez que la impetuosidad apacible

por la que se desvive quien afloja en grande hace decir que

la temporalización anterior al verbo –o en un verbo sin sujeto– o en la paciencia del sujeto que yace –*qui gît*– como ‘al revés’ del Yo activo –la paciencia del envejecimiento, no es una posición tomada respecto de su muerte, sino una lasitud –*lasitude*–: exposición pasiva al ser sin asunción, exposición a la muerte, por eso mismo, invisible, prematura, siempre violenta. Lasitud: singular ‘demasiado ser’ que es también un desfallecer, pero en una deficiencia en que el *conatus* no se relaja, en que el suicidio es deserción como si el ser, al alienarse, no fuera sino una modalidad –un *eón* del Reino– de las necesidades de servicio del ‘ser para alieno’ de ‘el uno para el otro’, de la proximidad más seria que el ser o el no-ser (Lévinas 1. 69 - trad. Pintor-Ramos, 108-109).

Lo que dejarían creer las *Admoniciones Facetas* del retrospectivo Bogislao en octubre del 48, confirmando la persistencia de los dones de una senectud incalculablemente anticipada, sujeción gerontofílica de tiempo perdido desde una precedencia irrepetible, anterior al testimonio de quien se deja espiar mientras susurra para sí mismo: —“Y mudo, inmóvil, sin mirar, vegetal”, entre las ramas ya caducas de sus veinte años anhelando “reposar en el Vacío Inmenso!”—, intensificación de un vivir inseparable del envejecimiento, “vidaejez de la vida –*viellissement de la vie*”— (*ib.*, 70 - trad. 109) o dejadez vital que sería difícil achacar sin mayores escrúpulos a la babosa estela del decadentismo.

Gibas reblandecidas, deslices en despachos faunescos y bajezas de cualquier jaez (que no refrenen el lance orgulloso ni contradigan la

íntima coincidencia del yacer y del jactarse), son agujetas mimadas y chuzos echados por la viudez de Orfeo, al borde –es decir (nunca del todo haber dicho) muy lejos– del secuestro substitutivo que no cancela la separación. Responsable “lasitud” (*ib.*, 69 - 108), a toda ceguedad (y a tientas de omhroz, “rehén” e “invidente”) alejada de la “laxitud” que la flojera del traductor lega irresponsablemente a la responsabilidad.

*

Chullumccuyascca chuñay manascca, “el helado aterido, o sin ánimo ni gana para hacer nada y sin poder”, maguer bailarín exultante, siendo *Zerschmelzung* o *Schmelzen* “licuefacción” de zafada montuna necesariamente musical, a la vez que *schmelzend* viene a “fundente”, “dulce”, “melodioso”, “cadencioso”, siendo *Schmelz* “esmalte”, “brillo” y “encanto –de una voz”, más y más sutil velo sonoro, imperceptibilidad incoativa de pestaña magnánima en que fundir bien sea las lagañas del catedrático de Hiena, para que no se detenga así, *sub specie gasparitatis*, “el filósofo empalibematizado –*emblémi*” que otros prefieren “pálido en su emblema”, otros más “*emblanché*” (Derrida 1. 7 - trad. de Peretti y Ferrero, 133; Leavey y Rand, 1), bien sea el rimel de Alex (Malcom McDowell) en uniforme de Sergio Stepansky filmado por Kubrick, bien sea el entero maquillaje del amante global caído de Bolzano a Tejas, Franco Hartmann (Stephen Kalm), cuyo máximo anhelo es besar a todas las mujeres de la Tierra, antes de emprender el gran trote de *Atlas* y desmedirse con los Demonios del Hielo (Randall Wong, Wendy Hill, Victoria Boomsma y Katie Geissinger) que en la ópera de Meredith Monk estrenada el 22 de febrero de 1991 en Houston prestan a carámbanos y témpanos flotantes voces de monjas de abertura, poderosos bisbiseos, crujidos de seda de marzo bajo la siempre más delgada colcha de nieve de la *glass harmonica* de

Bill Hayes, fluyendo y rebotando entonces diacrónicamente hacia y desde otra solución de continuidad, la de una *Solidität* empresarial que desmiente “solvencia”, “solidez” y “seriedad” más abajo del suelo del *Sollen*, aventajando el “deber” del sacrificio en una estación a destiempo, aliena primavera, intenable, capada, descabalada en el *désinteressement* irreductible al simple desinterés por las mismas razones que impiden la coincidencia de *intéressement* e *intérêt* (para menor ilustración los absorbentes higiénicos del “ser entre” obedecen al *horror vacui* expresado de manera ejemplar por los badajos falogocéntricos de la IVª Dinastía, durante un amplio ciclo de modalidades expresivas, a juicio del Sergio del día, egiptólogo menos viltrotero que estructuralista, sumisas a una avidez de compacidad insólita en la historia del arte, particularmente en lo que atañe a las estatuas que “empuñan un cilindro alrededor del que se han producido prolijos debates, zanjados gracias a una interpretación quizás inexacta a ojo de anticuario, ciertamente verdadera como significado estructural: el ‘vacío’ que está en el puño” –Donadoni, 33– coagulado la nada traducida a su sentido, añaden las *Diabelli* que Beremundo tampoco habría alcanzado a catalogar para la “Mínima Discoteca del quidam en referencia de suso”, nada cuajada en empuñadura del ánima del arma ontológica para que el *menstruum universale* del más allá de la esencia no disuelva la determinación en que se calibra “el extremo sincronismo de la guerra” –Lévinas, 1. 5 - Trad. Pintor-Ramos, 47), *desinter-esamiento* practicado como paciente espeleología de las oquedades que el *interesse* se preocupa por atarugar, dando rienda casi ya del todo disuelta –aunque no todavía – pero siempre– a la bestial conversión en *mento* del monumento al que reconduce el arrecirse ontológico, desliendo el ídolo a la temperatura dulzarrona del ritmo ya difuso en Jamaica y Trinidad desde finales del siglo XIX, entretiempos vernal en incesante desacople consigo mismo de un bailarín incapaz de

sí, “que no llega a recobrase, que ‘no ata los dos cabos’ –*qui ne se ressaisit pas, qui ‘ne joint pas les deux bouts’*–. La subjetividad del sujeto es precisamente este no-recobro –*non-ressaisissement*–, un acrecentamiento de la deuda más allá del *Sollen*” (*ib.*, 71 - trad. 110), es desdeír ignorante dolor de prójimo, amartelado o seboso (como suelen calificarse también los amores muy derretidos que, con lo místico que no quiere ser, Lévinas parece abominar, junto con otros excesos de aproximación redundantes en escape irresponsable):

El prójimo es hermano. Fraternidad inabrogable, asignación irrecusable, la proximidad es una imposibilidad de alejarse sin la torsión de lo complejo — sin ‘alienación’ o sin falta² — insomnio o psiquismo.

El prójimo me asigna antes de que yo le designe — lo que no es la modalidad de un saber sino de una obsesión y, respecto al conocer, un estremecimiento —*frémissement*—³ de lo humano totalmente otro. (*Ib.*, 109-110 - trad. 148)

El sudor frío que secreta el sólido alérgico-idolátrico al ir derriéndose respetuosamente por diacronía y desbarate de *fade in* y *fade out* [sin fundirse en o con el otro, no necesariamente, sino perdiendo la propiedad del

2 Quizás en relación con esta irremisibilidad se comprenda la plaza insólita de la ilusión, de la ebriedad, de los paraísos artificiales. El detenimiento de la ebriedad –*la détente de l'ivresse*–, es el semblante del alejamiento y de la irresponsabilidad; supresión de la fraternidad o asesinato del hermano. La posibilidad del alejamiento mide la distancia entre el sueño y la vigilia. El sueño y la ilusión –es el juego de una conciencia salida de la obsesión, que toca al otro sin haber sido asignado por él. Juego de la conciencia– semblanza.

3 Este término traduce la “jrikh platónica del Fedro”.

límite jamás tenido ateniéndose al temblor del exceso renovadamente regalado, en contacto dactilar con el *praemonstrum*, inclasificable prodigio de lo que fuera tan obvio cuanto un mueble desueto o una copa desportillada, en que rejuvenecen a la par el parásito descolorido y el gusanito del mezcal porque “como ‘la Naturaleza tiene horror al vacío’ (hasta al vaso vacío...) Eureka! Claro! Eureka! Si queda el viejo camarada de toda la vida: el amigo de vidrio (o en el vidrio metido)”, anterior a la mentabilidad de su modo de asignar a quien le toca, cercenado de cualquier contexto, figural o comunitario, *pick-up* rozando el *pick-up* que lo roza como ña de catacumba en que se apreten uno por uno y a distancia todos los queridos surcos del abrigo genealógico] el ebrio interesado pretendería encristalárselo definitivamente.

“Cual ataque de escalofrío —oion ek thV jrikhV metabolh” (Platón, 251A - Trad. García B., 63), el pasmo del toque es inevitable para el “recién iniciado —artitelhV” (*ib.*) escamoteando el juego de la conciencia gaviera. Mientras la embriaguez más seria tendría su salsa en la “sobria frialdad cainesca” (Lévinas 1. 12 - Trad. Pintor-Ramos, 54), por no haber remisión de rasca sin vigilancia exaltada.

Si pico de ibis es dedo de escriba, cánula de lavativa del ave curandera sería la péñola, anticipándose a la intoxicación y propiciándola, remediándola y remedándola.

Autopsicostasia de *capulum coleorum*: nadie se quiere seriamente emborrachar sin el propósito de acomodar la copa de la propia locura y el penacho de la del otro sobre los cojones de su balanza, de su honda o de su espada, enseña la *Rockola de los Muertos*, anhelándose cuenta y contable, catálogo de enfermedades y nosólogo catalogante, Thot de jeringa intacta y corazón picado.

*

No por ejercer la delectación algún flácido derecho de huelga, sino por saltar sobre el derecho y sobre el salto, con el *sin* y sin el *con*, en el confingir de *le con* y *the sin*, coronando el *with-out* del incontenible *wit* quechua, expulsión incorporada y lejanía adjunta demasiado anómalas para los balances de una contabilidad extraviada entre húmedas piltrafas de *ishi*, substantivo equivalente a “niebla”, cuando no morfema que añade los sentidos de “ayuda” y “compañía”, refundida entre múltiples labios de *illa*, partícula inherente al sentido de “faltar” o “no existir”, cuando no apelativo de lo que brilla por su ausencia y por su brillo se fuga, “brujería” y “claror”, “estatua” y “gemelo”, a la par sacando fuerzas de la debilidad de *illana*, “ausentarse” y “relumbrar”, evasiva de mascotas, simulacros y prótesis mágicas, efusión de “monstruos que nacieron heridos por los rayos de la luna” (Arguedas, 1. 83) y que tienen en común el huido titilar de lo que ni es ni no es, distracción del parpadeo que aprovechan las estrellas, “mujeres vestidas de plata”, para robar las papas de los sembrados de aquí abajo (Arguedas, 2. 42), porque no hay lumbre de traza sin mengua radical donde la esencia es excedida por el Infinito de la excepción cordeando la amplitud de la responsabilidad de una vez por todas – anudamiento o *nouement* del “*Quien mira*” sorprendido como “nudo de una intriga dia-crónica (que resta por determinar) entre el Mismo y el Otro” (Lévinas 1. 31 - Pintor-Ramos, 71), lacería de subjetividad:

punto de ruptura pero también de anudamiento. La lumbre *-luisance-* de la traza es enigmática, es decir equívoca aún en otro sentido que la distingue del aparecer del fenómeno. No podría servir como punto de partida para una demostración que la habría inexorablemente llevado en la

inmanencia y la esencia. La traza se dibuja y se borra en el rostro como el equívoco de un decir y modula así la modalidad misma de lo Trascendente (*Ib.*, 15 - trad. 56-57).

Paradojas del más allá de la esencia batuqueadas en el insubstancial substantivo *ishilla*, “agua que sale de la herida”, sobre la punta de la lengua del sediento.

*

La locura del cuento y el cuento de la locura andan en fil con la imposición de la ontología “no sólo como comienzo del pensamiento tematizante – lo que es inevitable –y como su término en un escrito– sino como la significación misma” (*Ib.*, 85 - trad. 125).

Pairo temático y caja-fuerte de significado confirmando la merma de la expresión y la hipertrofia del sobrevivir que enorgullecen el gimnasio geriátrico regentado por Bogislaus o Bogislao en la Abadía de Govaerz, quinto piso (bajo la “oficina de estadística de carreteras y de secretariado amoroso” fundada por Stepansky, cuyo lema, “*ars brevis, vita longa*”, recomienda ayuno de poesía y abstinencia de las Cármenes pervirtiendo el primer aforismo de Hipócrates sin tergiversar del todo el sentido que Andrew Q. Milton atribuye tácitamente a la sentencia original: —“*Ars longa, vita brevis*”, acota el asesino al chequearse las uñas de la mano derecha en frente del paisaje de Balthus colgado de la pared de su despacho (*Larchant*, 1939, óleo sobre lienzo, 130 x 162 cm., colección particular: sobre exactos techos pueblerinos rodeados de campos impecables emerge un campanario guillotinesco), santuario existencial donde sólo los íntimos pueden acceder a *the real stuff*, si acaso un verdadero moka reconstruido de grano en grano colombiano, con la garantía de la fidelidad histórica proporcionada por la cafetera de Milton, neuro-

burócrata de la Oficina de Asuntos Públicos en horas de trabajo, de noche guerrillero del RON (*Reality Or Nothing*) listo a apretar dientes y tornillos contra la UTE (*Universal Total Entertainment*), relatan Dennis Potter y Renny Rye para la *BBC* y *Channel 4*.

*

“Y que te vaya bien, / que te pise un carro...”: al revés de la evacuación echada a un parcero de identidad tan intercambiable cuanto el número de la cédula de ciudadanía del amante o de cualquier muñeco reventado y escupido a la cara de “*mon semblable, - mon frère*”, más allá del tropel de múltiples en abismática repatriación de idioteces al que alude el pánico lapsus del traductor arrastrado del “*trope du corps*” hasta el psiquismo colectivo de un “*troupeau de corps*”, años-tiniebla del trance de Lévinas:

pasividad o susceptibilidad pura, pasiva al punto de hacerse inspiración, es decir precisamente alteridad-en-el-mismo, tropo del cuerpo animado por el alma, psiquismo bajo las especies de una mano que da hasta el pan arrancado de su boca. Psiquismo como un cuerpo materno (Lévinas, 1. 85 - trad Pintor-Ramos. 124).

Porque *casi* ahí mismo llega la otra boca, a la famosísima terminal intermunicipal de ápteros ineptos, *set* de mancos mancomunados y *manchots showmen*, boca batóloga [tan honda que nada se le desprende, es ella que lo anuncia a rebato, a no ser esporádico flujo de membranas mucosas trozando palabras, en París, el 13 de febrero de 1964, cuando es preciso confesar la albura invernal de la entretosadura y admitir que “toso como el Ancient Mariner con albatros y todo” (Cortázar, 1. 681), cuando no flemas espectrales apoderándose definitivamente del muy poco jazzístico barniz de ronquera de Dinah Washington, en

Detroit, el 14 de diciembre del año anterior, al revolvérsele con whisky y barbitúricos las agrieras del pasado], cacareada inversión de la diacronía bondadosa en gravidez patriarcal y superfetación de un “rebaño de cuerpos animado por el alma” (cuando no “grupo” o “grupo del ‘para-el-otro’”, mientras nuevamente de “tropo” y “tropo del ‘para el otro’” se trata –Lévinas, 1. 87-88– fr. trad. Pintor Ramos, 126-127).

*

Punta de zapatilla, previamente aliviada del relativo satén la punta para que resulte menos escurridiza, preferiblemente rellena de una mezcla de harpillera, almidón y harina de centeno tostada durante un lapso de doce horas, substancia la más favorable a la buida concentración del peso sacado del reposo de su *conatus essendi*, para que se dance y no se dance disfrutando a más no saber, hasta el regalo del goce han de incrementarse el frío mortífero y el aterimiento del alma cuando “se necesita ante todo gozar *de su pan*, no para tener el mérito de darlo, sino para en él dar el propio corazón – para darse dando” (*ib.*, 91 - Cfr. trad. 130), invirtiendo temperaturas de cautelas y miramientos en ciego abandono porque acontece en ésas que se deleite monstruosamente quien no puede seguir el ejemplo de la viuda de Sarepta quitándose el último bocado antes de morir para darlo al extranjero que pide lo inejemplar, lo que no tiene fecha ni calendario, ni remoto asomo de convergencia de instantes, lugares o circunstancias comparables a partir de las que retrazar un rasgo de obligación fidedigna o un imperativo aunque sea vagamente aproximable al registro comunitario, al archivo edificante, a cualquier ayer de caballo o dromedario consunto en trabacuentas de beneficiencia y requetepan de solidaridad, mientras estotro tiene la desfachatez extraterrestre de suplicarle: —“No temas” (1 Re 17, 13), de manera

que sea efectivamente suyo en boca aliena el roscón xerocardiaco, pan abierto dicho *regañado* en que tan sólo puede verse a sí mismo, tragado de y por el Otro, pues condición de la rasgadura dadivosa es la costra egoísta de un sabor digno de Polifemo transfijo:

El pan es esta figura mínima de lo alimenticio redondo como un ojo, del alimento sin ornamentos. Tan cercano al cuerpo del hombre que uno se deja representar por él. Lo mínimo del cuerpo es el pan. Supongamos que cuenta también su rasgabilidad, su ser-rasgable, como señala Francis Ponge, lo que impone esa cercanía al mordisco y a la mano. Para no hablar de las migajas –de Ponge– yo subrayo:

LE PAIN

La surface du pain est merveilleuse d’abord à cause de cette impression quasi panoramique qu’elle donne: comme si l’on avait à sa disposition sous la main les Alpes, le Taurus ou la Cordillère des Andes. (...)

sans un regard pour la mollesse ignoble sous-jacente.

Ce lâche et froid sous-sol que l’on nomme la mie a son tissu pareil à celui des éponges (...) et la masse devient friable... Mais brisons-la: car le pain doit être dans notre bouche moins objet de respect que de consommation.

*

El cuerpo padece la posibilidad de dar. De darse. Posibilidad padecida como cuerpo; como encarnación. La carne es, en primer lugar, una exposición al Otro: carne animada, soplada (Yesternow, 157).

Nórdica frialdad soterraña y rendición de entrañas ectoplásmicas a las que por el momento se niegan sea la imponencia de la representación como la aristocracia del relieve del aquí y del ahora, la gleba del adentro irrelevante absorbe la nobleza del patronímico sin retenerla, en tanto que se da a morder la redondez del nombre propio pero a deglutir sin más el vulgarizado, subyacente esponja de Ponge, refundido “pernil de leontófono” o grifo de De Greiff, ajeno al respeto como si ya hubiese sido mascado, jamás aparición mirable y admirable, *spectre* en que *respect* compromete sin necesidad de anagrama aquel *respicere* que afianza pericia apolínea sobre pulpa de Marsias mientras desasiste definitivamente a Orfeo, sino alimento de justicia y verdad consumible más allá de la unidad de forma e imagen, en cojera y gañido de cuadrupedante identidad golpeada por la firma que se cancela en súbito floreo antonomásico, fatal remolino de espada y devaneo de oráculo proverbioso, la del texto pendiente de la redundancia del renombre, trenzados los anhelos de “eterno nombre y fama” con las ganas de gobernar la Insula, arrastrado por “su ordinario remedio, que era pensar en algún paso de sus libros”, trayendo de los cabellos los refranes hasta la perdición del “*sicut erat*”, los dos en una sola fiera de felpa rendida a rechoncherías y blanduras de biblioteca, trajinado patrón, escudero trajinante y lector anestesiado sobre una camilla de la sala de cirugía libresca, trasplante del trío en pared transparente, gasa de cristal líquido que ha cambiado la náusea del “azogue” (*tain*, ¿verdad?, *tain écoeurant*, mercurio que descorazona, repugna y pugna) por el fantasma del espejo, el que anima “el EScrito, la PANTalla, el escriñO –l’écrit, l’écraN, l’écraIN” (Derrida, 2. 348– que Arancibia devuelve chatamente a “Lo escrito, la pantalla, el estuche”, 468), amatista espiritual demasiado endeudada con la impropia refrendación del otro para firmar propiamente, con todas las de la ley requerida

por un autor que como nadie ama la higiene de *le propre*,

pues una de las razones por las que quizás los filósofos en cuanto filósofos son un poco disgustosos, es que ni uno –*pas un*–, en cuanto filósofo, ya que eso hace parte de la filosofía, habrá sabido cortar a cercén, detenerse (de aquí el carácter ‘*volumen en variostomoso-volumen plusieur stomineux-volumen in severaltominous*’ de su obra, no hay sino un solo *Primer Tomo* de Ponge), cortar para acortar y firmar. Para firmar hay que detener el propio texto y ningún filósofo habría firmado su texto, resuelta y singularmente, hablado en su nombre con todos los riesgos que eso conlleva. Cada filósofo deniega el idioma de su nombre, de su lengua, de su circunstancia, habla por conceptos y generalidades necesariamente impropios (Derrida, 3. 31-32 - trad. Rand, 32).

Enseñando las muelas magas, cursivas de Pulgarcito y guerreros de Cadmos, salvando las malas migas de tanto sujetador, argumentaría un enturbantado que aparease el desdén del propio molledo con el afecto ladino por el otro bando y sus *clips* ontológicos:

Es necesario filosofar, porque hay que entrar en el juego del adversario y vencerle (en él mismo) con sus propias armas. Sobre todo al andar uno mismo armado tan sólo de esa manera. Al tener esa debilidad, esa damnación. Baudelaire tenía también el amor del adversario (del mal): es siempre la misma cosa (Ponge, 44).

Gracias a la esgrima que consiste en aprovechar armamentos y carapachos de enemigos rumores reconociendo que nuestra es también la maldita debilidad de tanto *fast pompous thinking* resonando en maraquilla de Washington Square, sonajero de Plaza Brasil, agógo de Ciudad Jurema, matraquita de Rumipamba o acheré de Congo Square, toda la armería conden(s)ada en cápsula de blandos roces frontales así como los contornos del árbol se encapuchan en la luz del atardecer “con reidores saltitos” (Lezama Lima, 38), y asumiendo que la victoria sobre la fascinación de la misma cosa gozada responde al nombre de Rialta extendida sobre la rama del nogal de Jacksonville, en 1894, despertada en sus diez años al peligro del sonambulismo melómano y a la risa de altura, los “oídos colgados del re juego y sonido de la baya corriendo invisible dentro de la vaina” (*ib.* —devueltos al “*ricorrere e risuonare della bacca che correva invisibile dentro il guscio*”— trad. Felici, 92 —con menos cuidado por los retozos del cancán de los escueznos que por sus reiterados concursos, carreritas a tastana traviesa de cada uno de los cuatro gajos de cincunvoluciones semicerebrales, al fin y al cabo llamados también “piernas de la nuez”) al levantarse el telón de aquel tercer capítulo sobre la escena de una de las primeras polémicas paradisiacas, entre el protestantismo kierkegaardiano de Florita y Frederick Squabs por una parte, banderizos de austeras cabriolas encima de los peldaños del tiempo al ritmo de una voluntad publicada por “los enredillos de su Ananke” (*ib.*), la señora Augusta y don Andrés Olaya por otra, amparados por el libre albedrío y la paciente espera católica, amén de los enfrentamientos de la señora Augusta con don Belarmino y de las reculadas de don Andrés ante los arranques de Mr. Squabs, comercio de choques sobre damasquinadas corazas argumentales que, una vez absuelto el interludio matancero del Manatí wagneriano y sus *Virtuosi Sognanti*, chorreando alfinde sobre la interrupción del amaestramiento y

el prurito de precocidad acaban licuefactas justo al concluir pulcramente su número de violín en la tómbola de los emigrados el hijo mayor de los Olaya, tímido Andresito que en la bondadosa caricatura del apunte paterno habría preferido ocultar la superfluidad del estudio como quien se acomide a reclamar el don de la ciencia y del arte infuso quemando cigarritos a sus “diocesillos” (*ib.*, 45), vuelco de Brahms ostentando la certeza de la gracia al fingirse dormido mientras debería esmerarse, destutanado el aprendiz sino por haberse exhibido prematuramente sin duda por haber creído oportuno recostarse sobre la plancha del elevador que Carlitos no había acabado de clavar a conciencia, a su vez por haberle distraído antes de tiempo el caramilloso organista, Mr. Squabs tenía que ser (siendo *squab* equivalente al “pichón implume” o al “acabado de salir de la cáscara”, pero también al “cojín” u “otomana”, sin suma ni resta el representante autorizado de todo aquello que resulte habitado por la blandura de su propio relleno, escrito prolijo e inflado o mujer gorda y fofa), tironeándole para que se encargara de los farolillos y de la glorieta de su jardín en vista de la celebración del cumpleaños de la niña Flery, ella sí de birrete, toga y diploma de sonsa inmejorable, cumplidísima con sus “ejercicios bobalicones” (*ib.*, 40) reconcentrados en la frase proverbial: —“*Mama a scene in Pompeya, a scene...*” (*ib.*), su padre “una plancha de acero premiado por la casa Winchester” (*ib.*, 39) de clavazón inestable por exceso de acelerada garantía, “congelada ánima en pena” (*ib.*, 56), falso improvisador y concluyente voluntarioso (Mr. Squabs tenía que ser, superfluidad de pulpa perdida por obsesión de estrictez) que después del rapto de la obvia Flery a manos y caricias del famoso Carlitos, el ni tan inconcluyente maestro de obra, tres años apenas después de la tragedia de la tómbola, se desclava consumadamente (o se clavetea a roso y velloso, según cada cual alcance a distinguir sombrías puntillas reidoras) suscrito al orden de “una locura

correcta y ceremoniosa” (*ib.*, 61) malgastada en saludos a los fieles que ya se fueron y en acordes inaudibles sonsacados al órgano que no está, confirmando así las premisas calvinistas de los protocolos disyuntivos y antinstrumentales de cierto *heavy metal*, cierto *free jazz*, cierta performance de chata crueldad, que no confabulaciones de cyberempleados y terroristas bambolleros en aras del apego a la acción tajantísima, en palabras de la señora Augusta, “y ni siquiera la acción sobre el instrumento, sino la acción como acto inocente y salvaje” (*ib.*, 59), aun cuando el agotamiento de esas reyertas ontoteológicas no se enuncie mejor donde el más elocuente empeora lo dicho: no en la impasible inflorescencia hegeliana sino en la pasión de un invernadero impensado en el propio cuerpo echado por la borda, revolcado a la orilla del reino en que la harina de los decires antagonicos se revuelve con la saliva amarga del hambriento, si la determinación del obediente burócrata y la del anárquico indómito recaen por igual en lo que han sido, contenidas en el último contenido, dermis y epidermis del ser, poro tras poro, “afelpado inebriante estuche” tras “afelpado embriagador estuche”, cada cofrecillo un laberinto del que se desprenden los reflejos resecos del doblete esencial:

Animación que no se dice mejor por la metáfora de la habitación, de la presencia de un piloto en la barquilla de su nave *–la nacelle de son bateau–* o de un principio vital asimilado inmediatamente a un principio director, a la virilidad de un logos o de un mandamiento. Animación como exposición al otro, pasividad del para-el-otro en la vulnerabilidad que se remonta hasta la maternidad que significa la sensibilidad. No se dice mejor la sensibilidad partiendo de la receptividad donde la sensibilidad ya se ha

hecho representación, tematización, acopio *–rassemblement–* del Mismo y del Otro en presente, en esencia; partiendo de la *conciencia de...* que retiene unos aspectos de este presente, a manera de saberes, de informaciones y de mensajes, pero despoja al ser tan sólo de imágenes como de innumerables pellejos *–pelures–* (lo que posibilita la multiplicación del ser sobre pantallas innumerables) debajo de las que la piel del ser *–la peau de l'être–*, presente ‘en carne y hueso’, se mantiene intacta (Lévinas, 1. 89 - trad. Pintor-Ramos, 128-129).

Escámulas de identidad fisípara, echada a la pérdida por afán de resguardo y control termológico, son *nuances* las mamparas imaginantes, es cierto, *acapanacuna*, “celajes”, velos sobrepuestos de bordes indecibles por los que *aca* acapara la luz, *aca*, residuo repulsivo deliciosamente intoxicante, “excremento”, “moho”, “chicha”, capas de pelusilla criada en superficie o jirones de hojas de tan penetrante presencia hasta abarcar el esqueleto - un dedo les das y te arrancan el mástil - eczema absoluto - psoriasis subcutánea, medular - son *sfumature* las cortinillas imaginantes, leprosas fumaradas, hojas de perra carachentas, recochambres que en los dientes del peine de la cajita musical erizan ralos pelos punteados por los pinches del rodillo memorioso, lo que sobrevive de una *pellis*, “pelambre”, “pelliza”, piel de animal en oposición a *cutis*, honda sobrefaz donde espulgar otrora por igual *peau* y *pelure* como quien saca de una vez al timonero de su navícula instalada en una navícula fajada en otra apenas más grande todavía, no echándose a lo que no tiene dimensión ni calidad alguna sino queriendo alcanzar el karuon ontológico, la “nuez” en persona, el fundamento último no fundamentado, aunque sea al cierre de un

Caronte que sepa barrer la hojarasca anímica en ronda de carices, signos, *cenni*... en fin que muy a secas sepa, por *hellshut* de *nutshell*.

Si la animación mediante la cual el “cuerpo invirtiéndose en para el otro” (*ib.*, 90 - 130) revuelve de adentro para afuera la garganta de su devenir bocado, a cuello en voz, mejor dicho al revés de su desveno, retorcido el arco que conforma la embocadura del freno para que no se aloje en él la lengua de la montura ni se asiente la conciencia del bien montado, cuando “el pan no se atiene a la trascendencia de lo noemático, apareciendo en lo dicho, ofreciendo en espectáculo los infinitos pellejos *–pelures–* de la imagen” (*ib.*, 92, Nota 7), mejor valdría no cambiar abruptamente por “matices” las *pelures* que se venían traduciendo “cáscaras” (*ib.*, - Pintor-Ramos, 131), pues de lo que más se trata y retrata entonces es guerra por la firma rasgada, hambre de territorio, física hambre, devoración de límites crujientes, demanda de orografías narcisistas, postales y estampillas circenses, consumo, producción y reconsumo de anfractuosidades onomásticas y escaques egóticos... Ante tan mórbida podre de nácar visceral ofrecida al mejor telepostor, imposible olvidar, por el momento, que no hay pan sin piedra.

Tan redondo es el ojo del noticiero comestible cuanto la vacuidad orbital cuadrada en frontera. De aquí el polémico mal de mollera, fálica y encefálica “charra guazábara divines-pantosa —*gaudy godawful riot*” (Pynchon, 171 - trad. Martín, 183) que sólo las ganas del fin del orgullo remedan y remedian.

“*Vide cor tuum*”: lo que resta del imperativo de intimidad aliena, extraterrestre por sobreabundancia de terrenalidad, lo que viene al dadivoso del *sirr* sufí, “secreto”, “alma del alma” y “Amado interior”, *sire* para la *fellatio* antropofágica de *La vita nuova*, es el

hueco en la espalda del hombre acéfalo que figura la Humildad según las pinturas murales del antiguo refectorio de las dominicas de Colonia y el *Liber Scivias* de Hildegarda de Bingen, mientras un torrente de oro desemboca en el vacío del lugar del corazón sin que el descabezado pueda saberlo, salido del borde inferior de la túnica de Dios (v. Baltrusaitis, 95-102) con el descarro del flujo de orina de una loca de Bataille.

*

En otras palabras y por encima de su cuantía, si no fuera por el bululú tropical en lugar de la reticencia del gabacho y el licor versallesco en vez del agua, podría vaticinarse que el ámbito rarefacto de *La Espera el Olvido* habrá tergiversado la multitudinaria recoleta de un autor dado al extravío solamente para impedir que esa criba hecha cuba se le desborde y derrame al primer tapón:

El alejamiento y la extrañeza de las cosas grávidas de su insignificancia: vaso de agua, cama, mesa, sillón, expulsados y abstractos; la transparencia de un diálogo entre iniciados, reducido a los jalones verbales por entre los que repta un sobrentendido *–rampe un sous-entendu–*, sin misterios para los interlocutores, pero opaco en su propio vacío (Lévinas, 3. 517 - Trad. Cuesta Abad, 54).

Chistes privados parientes de las evoluciones de los posibles “*qui rampent autour*” de la roca embrujada (Lévinas 4. 126 - Trad. Domínguez L., 65), imagen de Niobe reprendida por andar muy orgullosa de sus hijos, ufana de paridora modestia, encrestada de proge-nie tornátil, henchida de indescendencia, el matatiempo no “trata de deshacer el doble nudo del sinsentido, esa monstruosidad –no expresada hasta él– de lo idéntico que em-

pieza a proliferar como una célula cancerosa, sin producir nada más que la repetición y la tautología” (Lévinas, 3. 515-516 - Trad. Cuesta Abad, 51-52).

Exhibe más bien ese nudo de nudos cuando, regalado un puño, el Tiempo le resulta Licor y Amigo, querido adversario verdugo de sí.

Dégrise — es decir, derramado Lévinas, pierde el gris del *griser* que viene a ser “inebriar”. Verdea entonces, entregado a un lenguaje sin aliento ni guayabo.

*

Más acá o más allá de la esencia - significación - ahogo —*essoufflement*— del espíritu que expira sin inspirar, desinteresamiento —*désintéressement*— y gratuidad o gratitud - la ruptura de la esencia es ética. Este más allá se dice —y se traduce en el discurso— mediante un Decir ahogado —*essoufflé*— o que retiene su soplo —*souffle*—, la extrema posibilidad del espíritu, su misma epojé, mediante la que él *dice* antes de descansar en su propio tema y dejarse allí absorber por la esencia (Lévinas, 1. 17 - Cfr. trad. Pintor-Ramos, 59).

Monería peligrosamente ética del ir diciendo sin miras ni peros, desprendida de cualquier *inter-esse* a prorrata, perrata o perorata.

Eso sí, sin rehuir ni muchos menos las notas libidinosas de una significación y substitución del Otro que no excluya a las Otras, notas e ignotas, musicales de mar a mar.

Alerto e ignavo por igual, el muy mimado sotoebriado ante el fin de la *griserie* y el despegue del *dégrisement*, anda constantemente

a punto de regalarse otro sorbo de sí, otro nombre por divertirse.

Clodoaldo por ejemplo: hay que nombrarle porqué solamente así “Clodoaldo amigo: qué ricamente se van cancelándose y yendo los días, y qué deleitablemente las noches se van colmando y fugando, se van autoasesinando los momentos y los instantes, fría, ardorosamente”, siempre que el atento calculador sea “el caduco Lao Kronos —y colega”, Lao Intemporal en persona, compadre de oficina cuya exuberante personalidad no podría ser fácilmente separable de la reservada y abstractísima inconsistencia del

Quídam recoleto —íntimo amigo mío, mi mejor enemigo, mi Otro Yo auténtico, el óptimo—, el recoleto Ene Ene, el anónimo de inúmeros nombres, el desértico (sajareño ahora, a más de lo zahareño e inhóspite que siempre fue), parece haber sido asido por garras o pinzas de la psicastenia precoz (sic) y metido a puños en las sus mallas más o menos muelles.

A la vez que *se* van cancelándose por exceso de reflexividad y enredo de piolines psicasténicas, telarañas atrapamoscardones y rulemanes rayueludos, forzada mucho más eficaz que pasatiempo, los semiagentes de este *autrement qu’être poète* no serían distintos de las heterologías de un autor propenso a explorar el egoísmo, cuba hecha criba, solamente para mejor dejar que se le derrame maternalmente.

*

Acabo de releer *La noche boca arriba* y encuentro “que había ahí como un hueco, un vacío que no alcanzaba a rellenar. Entre el choque y el momento en que lo habían

levantado del suelo, un desmayo o lo que fuera no le dejaba ver nada. Y al mismo tiempo tenía la impresión de que ese hueco, esa nada, había durado una eternidad. No, ni siquiera tiempo, más bien como si en ese hueco él hubiera pasado a través de algo o recorrido distancias inmensas” (Cortázar, 2. 176). Más adelante, cuando están sacando al joven moteca de la galería subterránea para llevarlo a la pirámide del sacrificio,

boca arriba gimió apagadamente porque el techo iba a acabarse, subía, abriéndose como una boca de sombra, y los acólitos se enderezaban y de la altura una luna menguante le cayó en la cara donde los ojos no querían verla, desesperadamente se cerraban y abrían buscando pasar al otro lado, descubrir de nuevo el cielo raso protector de la sala (*Ib.*, 178-179).

Entre la agonía del motociclista que se sueña moteca y el moteca que se sueña motociclista, lengua y luna de obsidiana ocupan el lugar del medio, mientras poco antes del accidente taoísta, al iniciar la carrera, cuando “él –porque para sí mismo, para ir pensando, no tenía nombre– montó en la máquina” (*ib.*, 169), la luz del sol le acompañaba. Florida o no, la guerra de Cortázar no iría sin el *horror vacui* que cada guerrero lleva consigo como contraprótesis de su seguir siendo amenazado en la punta de cada palabra, en la acupuntura anónima de cada reflexión, un cielo poco raso usurpando el nicho visual del impaciente que se obstina en querer saber a quién pertenecen pensamientos y sueños en la confluencia de iniciativa y renuncia.

Iacere (esdrújula) es decir “echar, arrojar” y *iacere* (paroxítona) es decir “estar echado, estar extendido”: modalidades de lo que Derrida llama “*jet*”, tomando meticulosa nota

de su “conjetura”, simultaneidad de arrojo y postración (Derrida, 4. 65).

Subvertir los términos de nuestro diferendo sin freno, el altercado de lo nuestro, las asignadas cadencias del *alter* en la proximidad de una infantilización del más feroz guerrero acostadito en una clínica moderna y salvaje, pulcra y pánica, entre destellos de aparatos metálicos y candor de médicos y enfermeras, hojas tras hojas de árboles sin fin, obsesivos aullidos de simios saltarines. Seguridad abismal. Por más higiénica y sobria cada pronunciación te desgarrar el pecho.

A tal fin, al fin del fin, primero repaso las conclusiones de *La Estrella de la Redención*:

— Vivir en el tiempo quiere decir vivir entre el principio y el final. Quien quiera vivir fuera del tiempo –cosa que ha de querer el que no quiera vivir en el tiempo lo temporal, sino una vida eterna–, el que quiera tal cosa, tiene que negar aquel ‘entre’ –*jenes* ‘*Zwischen*’ *verleugnen*–. Ahora bien, la negación ha de ser activa para que de ella no resulte meramente un no-vivir-en-el-tiempo, sino un positivo vivir-eternamente. Esta negación activa únicamente acontece en la inversión. Invertir un Entre quiere decir volver antes su después y después su antes: hacer principio al final y final al principio. Esto hace el pueblo eterno. Vive para sí como si ya todo el mundo, como si el Mundo estuviera acabado y dispuesto —*Es lebt für sich schon so, als ob es alle Welt und die Welt fertig wäre* (Rosenzweig, 467 - Trad. García-Baró, 491).

En seguida regreso a la segunda sección del primer capítulo de *De otro modo que*

ser: – “‘Esse es interesse’. La esencia es interesamiento” (Lévinas, 1. 4 - Cfr. trad. Pintor-Ramos, 46) — “*intéressement*” que el traductor reconduce a “interés” como si apenas de “*interêt*” se tratara.

Traductor interesante (como quien dijera *troublemaker*), hay que esculcarle a cada rato, por más ameno que resulte el ademán de la monja insinuándose entre los primeros anillos de la perpetua cola del sentido, en la sagrada covacha donde te arrastras lentamente hacia la ventanilla del sacrificio burocrático con este libro de Lévinas en mano: que conste, no son brujas las que irrespetan el turno, sino religiosas veteranas que aprovechan el hábito para desinhibir su hastío del torno conventual.

¿Qué más podría significar la positividad sino ese *conatus*? Un problema a la vez egótico y energético, mejor dicho “*energético*” para retomar la fecunda propuesta del presidente Morales en su toma de posesión, el 22 de enero pasado, evento de amplias repercusiones gramatológicas.

El interesamiento del ser se dramatiza en egoísmos luchando unos contra otros, todos contra todos. La guerra es la gesta (“*la geste*”, no “el gesto”, no la expresión del rostro o la mueca, que si acaso sería “*le geste*”, como presume la versión apresurada) del interesamiento esencial. Interesada aun en contra de su propio interés, en las belicosas *gesta* (substantivo neutro plural y participio pasado de *gerere*, a la letra “cosas cumplidas”, “historia de lo realizado por alguien”) ninguna parte espera la hora que le toca (“*son heure*”, no exactamente “su turno”), antes, la hora que hace rato le ha tocado sin sucesión temporal, por el rapto del otro, si es preciso asumirla a partir del “desde ya” en que el “entre” se anula, lapso animado por *Jetzt-Zeit* de peligrosa imagen dialéctica, tiempo abrasante y abrazador de *plutôt* y *déjà*, si se

intenta confrontar otras represas energéticas del tiempo sabático.

Como estaba diciendo medio meciéndome en la visión de la trinchera bancaria del otro día, al moteca de Cortázar, así como al guerrillero urbano de *El Libro de Manuel*, le aterra su propia boca abierta, un pozo de sí sin hecho ni pecho más melancólico que Chet Baker en la foto de Bill Braxton, la incoincidencia sinsigo mismo, terror del fin de la bóveda, paladar desfondado, cielo interrumpido por el satélite que lo incide.

Que siga el techo, que no se le corra la teja, que se cierre la boca del horno del pan ya listo para la viuda de Sarepta (lapsus fatal: por un momento mis labios dieron por entendido que el protagonista del fin del protagonismo fuese el gran profeta, y no es Elías, es ella, la viuda sin nombre, la miserable que tiene un hijito todavía más hambriento que ella, quien se arranca el pan de los dientes para darlo al desconocido “y luego morir” - 1 Re 10-18).

No, que la concatenación azarosa no se corte, que no sea azarosa, ¡por nada en el mundo, por el mundo del Todo! Es preciso ocupar el vacío a toda costa, preñar la carencia, seguir entero, *tutto d'un pezzo*, ahí donde y cuando el otro me porta y deporta quién sabe dónde, para que yo lo porte. Hacia la boca hambrienta, claro. Oscuro. Hacia el desfonde de lo que temo que deje de ser el mismísimo “Canibalato”, como apoda León de Greiff la Institución de las Instituciones.

Consigna, mote, motete, motivo: que no siga la nenia embaidora de un solo mote sin fisuras, aunque sea y sobre todo tenga que ser el tirabuzón ontológico del cálculo de mi muerte.

El sueño que se me vino la noche esa en que De Carvalho me habló del guerrero suicida.

Aquí está el diario:

Noviembre 12 de 2001—

Le vencí... el derrotado se aleja dándome la espalda... ancha espalda reluciente de Kirk Douglas en la noche... es el Espartaco de Kubrick... se lanza por la escarpada ladera del río... Cauca (Popayán, años 73-76) y Flegetonte (*Inf.* XVI - V. la torticolis de los sodomitas a la que parece aludir cierto programa radiofónico abundantemente recogido en *'Sombrita en Botella'*, el capítulo de *Teleón* que envié a Popayán hace un par de semanas)... se echa por la pendiente... orilla y agua son barro... marismas... tembladerales... en lo que no puede ser el otro lado de lo que no empieza ni acaba siendo río, una sombra voladora muerde el cuello de mi enemigo vencido... la misma mancha de vuelo quebrado atraviesa el no-río... viene a mordirme el murciélago... da vueltas a mi alrededor el chimbilaco... yo mismo soy un tórculo dándome vueltas (v. *'Sombrita en Botella'*, ahí donde se prolongan las convulsiones parentéticas comprometidas con el relato de Kafka releído con tanto afecto en Paipa, donde se trata de la forma verbal *'dahintorkelte'* que la nota de Claude David, el traductor francés de *La metamorfosis*, remite a *'Torkel'*) para no perderlo de vista y no dejarme morder... llamo a Olga... es la única que puede salvarme.

Por otra y por la misma parte, agarrado del hilo más tenso y retorcido del querer seguir siendo, todo guerrero es suicida, víctima y verdugo (en un sentido muy distinto del ser que quiso promover el año pasado, durante el primer panel alrededor de *El perdón de lo*

imperdonable de la *Cátedra Derrida*, cuando alguien sostuvo “la horizontalidad de la relación víctima / victimario” supuestamente exclusiva del conflicto colombiano, tesis fácilmente asimilable a la devaluación uribista de lo que estamos hablando).

Amén de la que Italo Svevo llama “*furia dei vecchi*” (para el triestino no habría vejete en serio que no sea medio terrorista), el *besekr*, vikingo poseído por el *furor germanicus*, muerde su propio escudo como si la defensa del no-morir-todavía-haber-ya-muerto más que obstáculo fuera corazón enemigo, muerte insoportable la espera de su hora. Igual para el inca: la honda envuelta en la cintura, la “*huaraka*” (de “*huarakana*”, “echar” y “encostalar”), carga y de alguna manera gestiona los “*runtukunu*” (plural de “*runtu*”, “granizo”, “huevo”, “testículo”), es decir “guijarros” o “piedras lisas labradas en forma de huevo”, proyectiles micidiales, claro, pero también cojones que el soldado ha de arrancarse para lanzarlos a la cara del otro.

Al fin y al cabo así reza el mote de Leo Legris, el ex-vikingo: — “Es el único escudo andar desnudo”.

Variante: — “Acabar con cada león —*jeden Leuen verleugnen*”.

Con la melena de cada sueño también, para que el sueño sea lúcido:

Una retro-cedencia: lo que se identifica en la inmanencia y se recobra/recubre en ella —*s'y recouvre*—, se desprende de sí o se despabila —*se dégrise*—, como en el instante en que el sueño cede, y donde en el despertar, lo aquí-en-frente vivido —*le ci-devant vécu*— se descolora en sueño que fue y tan sólo se recuerda. La trascendencia en la inmanencia, la extraña estructura (o la *profundi-*

dad) de lo psíquico como alma en el alma, es el despertar que siempre recomienza en la vigilia misma; lo *Mismo* infinitamente referido en su más íntima identidad al *Otro* (Lévinas, 5. 47).

La travesía del *mientras* no requiere autonegaciones edificantes. Ninguna edificación. Lejos de colmar el intervalo de la diferencia, *La Estrella de la Redención* pide animarle, reconocerle alma de acusativo personal.

Reconsiderar la vigencia cotidiana y ultrapolítica del *barzak* sufi, de sueño en sueño, de gris en gris, de corteza en corteza, intersticio límbico a través del que se alcanza el ‘*âlam al-mithâl*, “*mundus imaginalis*” en la traducción de Corbin que no voy a buscar ahora.

Lengua herida. *Conatus scribendi*.

Referencias

- Arguedas, J.M. (1969). *Los ríos profundos*. Santiago de Chile: Universitaria.
- Arguedas, J.M. (1986). *Cantos y cuentos quechuas*, 2. Lima: Munilibros.
- Baltrusaitis, Y. (1960). *Réveils et prodiges – Le gothique fantastique*. París: Armand Colin.
- Canetti, E. (1966). *Masse und Macht*. Francfort: Fischer, 1980 (1960). Trad. Robert Rovini, Gallimard, París.
- Chalier, C. (1991). “L’âme de la vie – Lévinas, lecteur de R. Haïm de Volozin”. En *L’Herne - Emmanuel Lévinas*. París.
- Colie, R. (1966). *Paradoxia Epidemica - The Renaissance Tradition of Paradox*. Princeton: U. de Princeton.
- Cortázar, J. a F. Porrúa. (2000). *Cartas 1964-1968*. (Ed. a cargo de Aurora Bernárdez). Buenos Aires: Alfaguara.
- Cortázar, J. a F. Porrúa. (1964). La noche boca arriba. En J. C. *Final del juego*. Buenos Aires: Sudamericana
- Cruz, T. (2000). *Yesternow*. Bogotá, (manuscrito).
- Derrida, J. (1974). *Glas*. Galilée. París. Trad. parcial Cristina de Peretti y Luis Ferrero. En *Suplementos Anthropos*, 32, 133-140, mayo 1992. Trad. John P. Leavey Jr. y Richard Rand. (1984). Lincoln: U. de Nebraska.
- Derrida, J. (1972) (1969). La dissémination. En *La Dissémination*. (319-407). Seuil, París. Trad. José Martín Arancibia. Caracas: Fundamentos, 1975.
- Derrida, J. (1988). *Signéponge*. Seuil. Trad. Richard Rand. Nueva York: U. de Columbia, 1984.
- Derrida, J. (1986). Forcener le subjectile. En: Paule Thévenin y J. D., *Antonin Artaud - Dessins et Portraits*. (55-108). París: Gallimard.
- Donadoni, S. (1959). *Arte Egizia*. Turín: Einaudi.
- Kracauer, S. (1966) (1947). *From Caligari to Hitler - A Psychological History of the German Film*, U. de Princeton.
- Lévinas, E. (1974). *Autrement qu’être ou au-delà de l’essence*. La Haya: Martinus Nijhoff. Trad. Antonio Pintor-Ramos. Salamanca: Sígueme, 1987.
- Lévinas, E. (1971). *Totalité et Infini - Essai sur l’Extériorité*. La Haya: Martinus Nijhoff. Trad. Daniel E. Guilloit. Salamanca: Sígueme, 1987.

- Lévinas, E. (1966). La servante et son maître. En *Critique*, 229, junio 1966, 514-522. Trad. José M. Cuesta Abad. En E. L. *Sobre Maurice Blanchot*. Madrid: Trotta, 2000, 47-62.
- Lévinas, E. (1994) (1948). La réalité et son ombre. En E. L. *Les Imprévus de l'histoire*. Fata Morgana, París. Trad. Antonio Domínguez Leiva. Madrid: Trotta, 2001.
- Lévinas, E. (1982) (1974). De la conscience à la veille - À partir de Husserl. En E. L., *De Dieu qui vient à l'idée*. París: J. Vrin, 35-61.
- Lezama Lima, J. (1988). *Paradiso*. (Ed. Crítica - Cintio Vitier coord.). Archivos Unesco. Trad. Glauco Felici. Turín: Einaudi, 1995.
- Platón. (1966). *Hipias Mayor - Fedro* (Versión directa, introducción y notas de Juan David García Bacca). México: UNAM.
- Ponge, F. (1961). *Le Grand Recueil - Lyres*. París: Gallimard.